

## EL PODER DE LOS DESEOS

Había una vez, un pueblito muy pintoresco, llamado Salsipuedes, ubicado en las faldas bucólicas de la cordillera oriental, donde la mayor parte de sus habitantes, vivían del chisme y de la plata al interés.

Doña Josefa Tinjacá, noble mujer entrada en años, tenía un hijo: Cleofás quien a la hora de nacer, un accidente en el parto le produjo una luxación en una de sus caderas, hecho que le impidió caminar normalmente como todos los cristianos. Por su peculiar forma de desplazarse, los niños del pueblo y aún los mayores, jamás lo premiaron llamándole por su nombre, sino por el apodo popular de Patecumbia. Dicen los que lo conocieron, que la limitación física que la naturaleza le ofreció, parece que le hubiera sido recompensada con una brillante inteligencia para los negocios, a pesar de su pobreza franciscana.

Doña Josefa, paciente y amorosa con su único hijo, siempre le inculcó el ahorro para garantizarle, que al faltarle ella, Cleofás no terminara en las calles mendigando un plato de comida. Cleofás de hecho, entendió supremamente bien, tan oportuno consejo y desde muy niño comenzó ahorrar, cuidándose de que el ahorro, no lo volviera tacaño como a la mayoría de los del pueblo. Muchas veces por no decir más de una vez, esos ahorritos terminaron financiando una necesidad de un vecino, un apremio económico de su madre o un pequeño caprichito del propio Cleofás, que fiel a la orientación de su madre, siempre repetía: "El dinero, es para solucionar problemas y no para enterrarse con él".

Ya mayor Cleofás, en sus mejores 20 años, se fue para donde el Alcalde y le propuso que le permitiera organizar una cooperativa, pues él había leído, que era un sistema que había nacido en un pueblito de "las Inglaterras" y que le había solucionado el hambre a muchas personas, en tiempos de guerra. El Alcalde a decir verdad, no sabía de qué le estaba

hablando Cleofás, pero le dijo con franqueza campesina: -Mira patecumbia, eso que decís suena hasta bonito, pero vos si crees, que esta gente de aquí tan marullera, chismosa y tacaña, si te vaya a caminar para ese invento que vos me están contando?

Ante este atisbo de interés del Alcalde. Cleofás le respondió: -Mire Don Nicanor, la gente de aquí realmente es como usted dice que son. Parta de esta frase que lei en un folleto: La unión hace la fuerza. Si usted Don Nicador, don Agapito el carnicero, y Doña Florinda la del parque y mucha gente más, hacen un fondo común: con todos los que pongan plata en ese fondo, se podría construir una escuela y si sobra, se le podría prestar a otros más necesitados, a un interés que no los arruine. Y cuando los que no han puesto plata, porque son como usted dice, tacaños, vean las obras y los beneficios, pues se animan y fortalecen el fondo, hasta que pueda llegar el día que Salsipuedes, puede tener un Banco

- Un Banco? No te estás enloqueciendo por partes patecumbia?

- Nooo Don Nicador, lo que estoy es abriéndole los ojos. Sólo confíe en mí y verá.

Cleofás satisfecho porque sabía que había logrado sembrarle la duda al Alcalde, partió para su casa, feliz con la faena que había cumplido.

Esa noche Doña Josefa se enfermó, como nunca antes lo había hecho. Un fuerte dolor de espalda y unos cólicos desconocidos para el único médico que Salsipuedes tenía – que en realidad era veterinario - lo tenían angustiada y desconcertada. Corrió a donde el cura, para que al menos de la plata de las limosnas, le prestara algo, para llevarse a su madre a la ciudad más próxima, pero el cura, con muchos rodeos y pesares, le dijo que la plata de la misa anterior se había gastado en un entierro. Desesperado, se fue raudo para donde Doña Florinda, la del parque, quien además de ser su madrina de confirmación, era tía lejana y le

salió con el cuento de que por ahí tenía unos centavitos ajenos, que se los prestaba al 10%, porque usted sabe patecumbia, la vida está muy jodida. Cleofás le recibió los cien mil pesos al 10% y se fue a buscar a Ruperto el dueño de la única camioneta que había en el pueblo para trasladarse a Berlín, la ciudad más próxima a Salsipuedes. Ya en el camino y más tranquilo porque su madre la veía de mejor semblante, Cleofás le repitió a Ruperto la historia de la sociedad cooperativa planteada al Alcalde. Ruperto estaba maravillado con la idea, porque además de ser uno de los agiotistas más sagaces de la región, tenía un olfato de perro para los negocios. Cuando Ruperto le preguntaba por tablas estadísticas de los que un ahorrador podría ganar en términos de tiempo, Cleofás, le respondía, que no era tanto lo que se pudiera ganar, sino el servicio que se podría prestar con la plata de todos

Pasaron los días y el Alcalde vio en un periódico de la Capital, un Banco Cooperativo, disque de los trabajadores de Sumapaz y recordó las locuras de Cleofás y lo mandó a llamar.

-Mira Cleofás, te vas mañana madrugado para Sumapaz y te averiguas qué es eso del Banco Cooperativo y me contás, te voy hacer caso. – Como usted diga Don Nicador.

Fueron dos semanas que Cleofás permaneció en esa ciudad y fueron suficientes, para traer toda la información requerida. El Alcalde embelesado hasta más no poder con las bondades del invento de esos ingleses, alquiló una casona en pleno parque del pueblo, hizo reuniones, convenció a los incrédulos, siempre de la mano de Cleofás que cobró más importancia que el cura y el maestro juntos y se comenzaron a recibir aportes, con la garantía del Alcalde y de muchas personas más.

Dos años más tarde, el sueño de Cleofás se materializó y se abrió las puertas al público de una pequeña cooperativa multiactiva, que en principio se llamo Coopservir, con la cual

campesinos, amas de casas y pequeños agricultores, comenzaron a sentir las bondades de la fuerza cooperativa, traducida en la satisfacción de sus necesidades.

Pasaron los años y el día que Cleofás murió, el pueblo entero le rindió tributo a Patecumbia, no al pintoresco personaje de caminar cantinflesco, sino al hombre que logro deponer sus ambiciones personales, en las esperanzas colectivas de un pueblo, signado por el egoísmo y la tacañería.

**FIN**

FIN